

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Violeta y barro

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

ALICIA RUBIO CHACÓN

Violeta y barro

XXVI PREMIO DE NOVELA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

el paseo, 2021

 **u²cicus**
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Esta novela, *Violeta y barro*, de Alicia Rubio Chacón, resultó ganadora del XXVI CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2020/2021), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 23 de julio de 2020, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Carmen Camacho, Mercedes Comellas, Daniel Ruiz y David González Romero (en representación de El Paseo editorial).

© Alicia Rubio Chacón, 2021
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2021
www.elpaseoeditorial.com

Ilustración de cubiertas: Pilar Orellana

1.^a edición: octubre de 2021

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, s.c.a.
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-124077-2-3
DEPÓSITO LEGAL: SE-1858-2021
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

I

Junio de 1944

El roce de las púas contra el pelo de Sofía produce un sonido agradable. Violeta pasa el cepillo y después los dedos entre los cabellos rubios, casi blancos. Es uno de los momentos preferidos de su día y deja que la mirada se le pierda en el infinito, como si se estuviera peinando a sí misma.

—Si pudiera, no sería costurera, ¿sabes? Si pudiera, me iría al campo, a esos campos ingleses que dice doña Carmen que hay, llenos de flores y de hierba verde. Me pondría un vestido de franela y unas botas altas, y me sentaría en un tronco caído a mirar a las crías de los leones. —Sofía mueve el dedo índice de la mano derecha—. Ya, ya sé que en Inglaterra no hay leones. Pero, bueno, en mi cabeza sí. Y el sol brilla y no hay ni una nube en el cielo, como en los dibujos del libro que leímos ayer.

Sofía se balancea ligeramente hacia adelante y hacia atrás, al ritmo de su propio latido. A Violeta le gusta pensar que, cuando le cuenta historias, Sofía puede meterse en su mundo, como si las dos estuvieran viendo lo mismo.

—No es que no me guste estar aquí, ¿eh? No te vayas a pensar. Que luego Tomasa dice que soy una desagradecida, y no es verdad. Yo a doña Carmen la voy a querer siempre. —Sofía mueve el dedo índice de la mano derecha—. A doña Carmen y a ti, tonta. Y a Julia, y a Marcela, también a Tomasa. Pero es que aquí soy el último mono. Tú sabes muchísimo más que yo, que no me entero de nada, o eso se cree doña Carmen. —Sofía se balancea—. No sé, si pudiera

elegir... creo que preferiría el campo. No el campo de mi madre, o el de Tomasa, ese no. Ese campo siempre está seco y pincha, y cuando está verde hace frío. ¿Tú alguna vez te has pinchado los pies con paja seca? —Sofía parpadea—. Yo sí, porque no me quería quitar los zapatos. Pero Lucio el Cabrero me dijo que si empezaba a caminar descalza se me haría callo enseguida, y tenía razón, ¿eh? —Zas, zas, zas—. No, Sofía, yo quiero estar sola por la mañana en un campo inglés lleno de margaritas blancas.

—¡Niña! —el grito de Tomasa desde el pasillo sobresalta a Violeta, que sin querer tira del mechón que está cepillando. Abre la mano y tiene varios cabellos rubios enredados entre los dedos.

—¡Ay, Sofía, perdóname!

Tomasa entra en la sala.

—¡Niña! ¿Que no me oyes? Te estoy llamando hace media hora.

—Tomasa, es que estaba peinando a Sofía y se me ha ido el santo al cielo.

—Bueno, pues déjalo ya y... —La vieja se agacha un poco para ver mejor a Sofía—. Ay, ¡qué guapa eres, madre! —Violeta sonrío, pensando que la dulzura de Sofía tendrá algún efecto tranquilizador en Tomasa—. Déjalo ya y ponte a hacer cosas, que no damos abasto. Tienes que entregar esos paquetes de ahí. Luego te vienes rapidito, que hay que hacer la colada y me tienes que ayudar a limpiar las lentejas. Yo voy a sacar a Sofía al patio a que le dé el aire, y me pongo a zurcir allí con ella. ¡Date brío, que ya vas tarde, chata!

El estómago de Violeta protesta al pensar en la comida, aunque sabe que encontrarán más piedras que lentejas. Se pone el abrigo, coge las llaves y se carga los paquetes bajo

el brazo. Antes de marcharse dedica una última mirada a Sofía, que no se la devuelve.

—¡El campo, Sofía, el campo! —dice divertida antes de cerrar la puerta tras de sí. Sofía mueve el dedo índice de la mano derecha. Tomasa le recoge el pelo por detrás de las orejas.

—¿Qué dice esta del campo? Anda que para el campo estamos nosotras. Esta niña...

EL PASEO EDITORIAL
MATERIA PROMOCIONARIA
PROHIBIDA SU DIFUSION